

Un día importante

Seudónimo: Baruch

Un día importante

17 de diciembre de 2021

No hay caso. Me gana la costumbre. Cinco minutos antes de que suene la alarma me despierto. A esta hora, las franjas de luz que dibujan los postigones todavía son débiles y el cuarto permanece a oscuras. Escucho unas voces espasmódicas atravesando el pasillo. Tanteo la superficie de la veladora sin toparme con el armazón curvado de los lentes. Los habré dejado en la mesa, es lo primero que pienso en el día. Lo segundo, la conclusión demorada de que las voces del pasillo las irradia la vieja Spica encuerinada, que por lo visto, otra vez, permaneció toda la noche encendida en el umbral de la cocina. La radio. Otra costumbre que me vence. Ni en los tiempos duros la apagaba. Cuando sentíamos que venían, le bajaba el volumen a tope o la escondía entre las mantas y listo, pero apagarla, nunca, ni modo. Mirá si justo pasa algo. O peor! Mirá si la apago y no vuelve a prender. Además, algunos milicos ni bola. A depender de la guardia. Y es que hay historias de no creer. La del Cheche Esquivó, por ejemplo, en el 82, como olvidarla. Su padre preso en el Penal. Un guardia que se duerme con la radio encendida y una emisora local anunciando en vivo el ganador del 1er Concurso de Canto de La Paz. Los oídos atentos desparramados como amebas por las paredes. Alguien que susurra, psst, Esquivó, viejo, Esquivó, ¿escuchaste?, están nombrando a tu pibe... *¿Como es posible albañil?...el Cheche, ganó un no se qué. El rumor ligero se desata. Los golpeteos morse inundan el pabellón... Que si*

estas manos son picos... El guardia despierta de golpe. Siente el alboroto subterráneo tomando forma ... Albañiles de mi tierra... Qué pasa, pregunta exaltado, qué pasa. Le teme al motín, no entiende, se alarma, suda... Hay ladrillos en los hornos... Apaga la radio... hay ladrillos... en los hornos... Sigue encendida ...Albañiles de mi tierra... Descabeza el cable del enchufe... Hay ladrillos... Parapetado en su desconcierto, menea la cachiporra entre el aire espeso y carcelero. Escucha ..Hay ladrillos en los hornos... Tantea la sobaquera. Levanta el transmisor. Da el aviso.... Y esperan las estrellas... El coro de susurros en aumento ... hay ladrillos...en los hornos... Adentro. Afuera...hay ladrillos en los hornos... Es tu hijo cumpa, es el Cheche. Incontenible, el Penal entero... y te esperan las estrellas... El edificio entero ... y te esperan las estrellas. El país entero, que sabe, que pronto...

hay ladrillos en los hornos...

hay ladrillos...en los hornos...y te esperan...

Y te esperan...

las estrellas y...

te esperan las estrellas...

La alarma se precipita desde la pantalla del teléfono y me interrumpe el tarareo. Me siento en la cama y la desactivo. Para qué te preciso, si con la costumbre alcanza, le protesto al aparato como si escuchara. Entro al WhatsApp y escribo un mensaje para Maggie:

Buen día corazona. perdón la hora. no te olvides lo de hoy. te quiere . la abu.

Lo dejo listo para enviar más tarde, cuando encuentre los benditos lentes. Ya me pasó alguna vez de mandar

cualquier cosa. Guiada por la voz menguante del locutor de la CX 30, abandono la cama y atravieso el pasillo que me lleva a la cocina. Algo lenta, meto el pico de la canilla dentro del aro metálico y giro el pase. El sonido del agua entubada me despabila. Bien cargada, dejo la caldera encima de la roseta de gas y doy una ojeada panorámica procurando los lentes. Ahí andan, los muy desgraciados. Me siento en la sillita de hierro y me pongo a limpiarlos mientras imagino el día que se viene. Ir con Maggie a la puerta del Batallón. Quien diría. Tanto tiempo peleando por esto. Y aunque no lo haya dicho, sé que su madre no quiere. Yo la entiendo. Es fuerte estar ahí. Pero también pienso que es ella que no entiende a su propia hija. Bueno, si es tan importante para vos, me dijo el otro día. Perá, perá, perá un poquito, la paré en seco, para mí sola no, para ella, para ella también es importante, y así debería ser para vos. Para vos y para todos, La China es de todos, insistí ese día y casi terminamos a las puteadas. Sí, capaz me pasé un poco. Y en el fondo la entiendo. Maggie es una gurisa. Pero bueno, yo también fui gurisa. Y Nibia tenía su edad cuando... Como cambian las cosas. Aunque no tanto. En eso tiene razón. A veces nos creemos más disidentes, más comprometidas, más maduras, más, más y más que las jovencitas de ahora. Pensamiento de vieja, diría Maggie. Pero pensalo bien Gallega, miralas, me dijo Sara la vez que íbamos en el ómnibus con Maggie y su grupito de amigas. Hablaban de la facultad y de los noviecitos, de los cumpleaños, de la música del momento y de otras tantas cosas. ¿No lo hicimos nosotras también? Y tenía razón. Décadas atrás, allá andábamos, La China, Sara y yo. Parloteando sin parar en los asientos del fondo de un 151, radio y miradas encendidas, siempre atentas, bajando rápido y cada una por separado para volver a encontrarnos en la sala del Instituto. Nuestra sala del Instituto. Uf. Ahí sí

que éramos nosotras, como dicen ahora. Lo importante, lo realmente importante, pasaba por ahí. Sí o sí. Si en la Sala no hubiésemos dado el visto bueno, ni el Paco ni nadie se le hubiera acercado a La China. Lo mismo las reuniones de la ujota. Qué comité central ni que Congreso. Nosotras tres y nuestras charlas del Instituto. Que días. Apenas nos juntábamos y alguna ya largaba: bueno, tengo algo. Y leía. La última vez largó La China; es como una tristeza suave que se huele...y ahí, como era ella, enseguida levantaba los ojos del cuaderno para ver las reacciones. Recuerdo a Sara levantando un periódico que ojeaba sin demasiado interés. Ah, Sarita te miraba y no precisaba decir. *Tanto vuelo no, China, es una novela.* A mi realmente me gustaba todo lo que escribía. A ver, seguí un poco, dale, insistíamos. Y ella sonreía, emparejaba un poco la voz y le daba; volví una tarde con mucho sol a mi pueblo...

El chillido apretado del agua hirviendo irrumpe de golpe y me trae de regreso a la cocina. Me paro, me calzo los lentes y acomodo la silla de hierro. Bajo el volumen de la Spica y cierro el pase de la hornalla. Mientras vuelco el chorro de agua humeante dentro del termo vuelvo a pensar en Maggie y en los cuadernos y fotos que conservo en las cajas. Nunca le mostré. Ni siquiera le hablé de su existencia. Maggie! Olvidé mandarle mensaje. Dejo termo y caldera en la mesada y en un par de segundos vuelvo a atravesar el pasillo. Apenas entro al cuarto, ojeo de refilón la parte alta del mueble; las dos cajas sobresalen un par de centímetros del estante. Pensar que ahí dentro dormitan las pruebas del ultraje, en ese rectángulo mínimo, lo innombrable cobra nombre, nombres y apellidos. En el fondo, los fichajes de la DNII grapados a las cartas del Comisario Runioli, "...el día 29 de junio de 1974, el Batallón de Transmisiones N° 1 solicitó los servicios de este Dpto., a fin de identificar un cadáver femenino."

Encima, los infames informes del SID, "...Tres uniformados militares y dos hombres vestidos de civil se introdujeron a la hora 1.30 del sábado, en su habitación del Hogar de hijos de obreros de Campomar.." Entremedio, los partes del OCOA, "...la interrogaron sobre sus convicciones y su militancia retirándose con ella a la hora 3 sin querer revelar ni sus identidades ni a donde la llevaban a los encargados de la pensión. Diez horas después, estos recibieron un llamado telefónico, indicándoles que Nibia había muerto." Naufragando entre ese rejunte de papel reseco, el certificado forense del hipocrático doctor Mautone, con su "asfixia por suspensión" y su goebbeliana aclaración, "es decir, por ahorcadura". Y como tapa o corolario, Dalmao, hablando en tercera persona sobre sí mismo; "al asomarse a la celda número tres, notó que la mencionada se encontraba arrodillada en el piso, colgando de un pañuelo anudado al cuello y a un hierro saliente de la pared que da a la cabecera de la tarima".

Sin quitar la mirada del estante, me siento en la cama. Pensar demasiado en estas cosas me marea. De a poco me recompongo. Me digo a mi misma lo que le diría a La China si estuviese aquí; que no se preocupe, que también está la otra caja, sí, mucho más limpia y transparente, La Guardiania le pusimos, Protectora de los cientos de volantes clandestinos que inundaron la ciudad en aquellos días, de los apuntes de Marcos cuando revisamos el cuerpo a pesar de las prohibiciones; de los folios y folios con las investigaciones de Juan; de Mirtha, sí, en esa caja, amiga, se conservan intactas las palabras del doctor Arzuaga, como pedazos de un viejo amuleto mal enterrado:

Submarino seco.

Dos palabras, amiga, que nunca mereciste.

Vuelve a irrumpir la pantalla del teléfono. Pero si ya la desactivé, caramba. Ah, es llamada. Maggie.

-Hola corazona. Estaba por llamarte. Ya estás despierta?

-No abue, si te contesté soñando.

-Ah pero que chisposita andamos.

-Escuchame. Aprontate que en veinte pasamos por ahí.

-Pasamos?

-Si, voy con mamá. Ayer hablamos de vos, de Nibia, de lo importante de hoy, y ahora me despierta y me dice, voy con ustedes. ¿Qué tul?

-...

-Abue ¿estás ahí?

-Si corazona, tengo el mate casi pronto. Vengan. Hay algo que quiero mostrarles.

Cortamos y me recuesto de espaldas en la cama. Antes de pararme y empezar a revolver la caja, repito en voz alta las palabras de Maggie. Tiene razón, es importante, hoy es un día importante.